

EL RELATO DE BAUCHE ALCALDE SOBRE EL JUICIO DE GUSTAVO NAVARRO

MOMENTOS FINALES; LA EJECUCIÓN

LE NEGARON QUE HICIERA TESTAMENTO

"Entonces tráiganme una buena cena; pero que sea buena, porque será la última!" dijo resignadamente Navarro

EMOCIONANTE ESCENA CON SU FAMILIA

Su hijo mayor, Gustavo Jr., lo siguió por entre las filas de soldados hasta el paredón, a pesar de protestar el reo

CAPÍTULO V Y ÚLTIMO

Tan luego como los oficiales del cuartel general, que le habían comunicado su sentencia de muerte, se retiraron de su celda, el ingeniero Gustavo Navarro trató de ponerse en comunicación con sus familiares, pero se le negó esta gracia, indicándosele que no sería sino hasta el día siguiente cuando podría comunicarse con el exterior.

Pidió entonces que se le permitiera llamar a un notario, para dictar sus últimas disposiciones, pero también se le negó permiso.

—*Entonces tráiganme una buena cena; pero que sea buena, porque será la última de mi vida* —pidió, resignado, Navarro.

Poco después, como si de su pensamiento estuviera bien alejada la idea de la muerte, el ingeniero sentose en la misma mesa donde se sentaba García Granados, a saborear los platillos, haciendo que le acompañaran varios oficiales de guardia en la cárcel, y dos o tres reclusos.

Durante la cena, Navarro estuvo refiriendo a sus convidados algunos recuerdos de su vida, sin hacer la menor mención de su próximo fin. Como un oficial le preguntara si no sentía temor de verse dentro de unas cuantas horas en el cuadro, Navarro dijo que como ya en otras ocasiones se había sentido tan cerca de la muerte, sólo experimentaba cierta inquietud por ignorar si en esta vez se ejecutaría definitivamente la sentencia.

Además, hizo notar a sus invitados la terrible pena que le causaría informar a su esposa e hijos de su fin, después de que éstos ya habían convenido, tres días antes, de que se había salvado del paredón.

A las once de la noche, quedó Navarro solo en su celda. Los guardianes vieron cómo se desnudaba y se recogía con la mayor tranquilidad, durmiendo minutos después, apaciblemente.

LAS ÚLTIMAS GESTIONES

Y mientras que Navarro dormía en Belén en la última noche de su vida, su esposa y sus defensores hacían gestiones para salvarlo del patíbulo. Sin embargo, desde el momento que supieron que el fallo del consejo de guerra había sido rebotado por el general González, habían perdido casi todas las esperanzas de salvación para el condenado. Los defensores hicieron esfuerzos para llegar hasta el general González, con el objeto de pedir gracia para Navarro, pero los esfuerzos resultaron inútiles.

Después de dormir varias horas, el ingeniero Navarro se puso en pie cerca de las cinco de la mañana, pidiendo al alcaide de la cárcel, en primer lugar, que fuera llamado un sacerdote para recibir los auxilios espirituales.

Cerca de las seis de la mañana llegó a la prisión el padre Scott, cura párroco de la iglesia de Belén de Mercedarios. Navarro lo recibió afablemente, diciéndole:

—*Padre, me van a fusilar dentro de unas horas, y quiero morir cristianamente.*

El sacerdote improvisó rápidamente un altar en la celda del condenado a muerte. El ingeniero se confesó y asistió resignada y piadosamente a los ejercicios, que duraron cerca de cuarenta minutos. Al terminar los servicios, el condenado a muerte, visiblemente emocionado, dio las gracias al padre Scott, quien le pidió permiso para permanecer a su lado y acompañarlo al patíbulo.

—*¿Me acompañará usted, padre?* —le preguntó Navarro, sorprendido.

Y al tener la respuesta afirmativa del sacerdote, el reo se volvió hacia el improvisado altar y pareció orar durante varios minutos.

ESCRIBIENDO RECADOS

Conforme avanzaban las horas, la celda se iba llenando de amigos. El reo platicaba animadamente con todos ellos. Con algunos se despedía, no sin ocultar la emoción, Navarro le abrazaba efusivamente, diciéndole:

—*Amigo, creo que todavía no ha llegado la hora del velorio.*

Cerca de las diez de la mañana, el ingeniero pidió que se le sirviera el desayuno. A grandes sorbos, como mostrando una gran prisa, bebió un pocillo de chocolate y comió una pieza de pan dulce. No se sintió satisfecho e hizo que se le diera un vaso de leche, que apuró rápidamente.

Como desde las primeras horas del día había pedido que se le llevara a sus hijos para despedirse ellos, agregando a su petición que no se hiciera ir a la cárcel a su esposa para no hacerle sufrir más, y como los hijos no llegaron, temiendo ya no verles, pidió papel y tinta, y quedando a solas en la celda, escribió varios recados. Todos eran recados de cariño: para su esposa, para sus hijos, para sus parientes más cercanos.

Después escribió una carta para el general Ignacio L. Pesqueira; carta que más tarde entregó a su hermano Manuel para que la pusiera en manos del interesado.

CON SU FAMILIA

Acababa de escribir, cuando sonaron las diez de la mañana. Navarro cerró precipitadamente las cartas y saliendo a la puerta de la celda preguntó si ya había llegado la hora de partir al patíbulo.

Las rupturas en el constitucionalismo

La escolta no se había presentado, y Navarro pudo dictar sus últimas disposiciones al notario público, licenciado Carlos Guerrero, estampando su última firma con mano firme y segura.

Nuevamente preguntó si ya había llegado la hora de la marcha. La escolta que lo conduciría al paredón acababa de presentarse. Pero el alcaide le informó que aún cuando ya había llegado la hora, en una pieza de la alcaldía se encontraban su esposa y sus hijos.

—*¡Mi esposa! ¡Mis hijos!* —casi gritó el condenado a muerte.

Por un instante pareció dudar de la realidad. Probablemente en ese momento cruzó por su mente la idea de su pronto y trágico fin. Vaciló, y volviéndose al sacerdote, le pidió su ayuda. El padre rezaba en un rincón de la celda, y darse cuenta del estado de ánimo del condenado a muerte, le tomó del brazo, y sin dejar de musitar oraciones, lo llevó hasta el lugar donde se encontraba su familia.

Lo que pasó cuando Navarro se vio entre su esposa y sus hijos, nadie lo sabe. En el exterior, solamente se escuchaban los sollozos y los lamentos, los gritos de desesperación de los chicos y las admoniciones del sacerdote. La escena parecía prolongarse indefinidamente. El alcaide llamó a la puerta y dijo:

—*Ha llegado la hora, ingeniero.*

Un grito desgarrador fue escuchado; la señora había caído al suelo desmayada. La puerta fue abierta y pudo verse cómo los chiquillos, prendidos todos de los faldones de la levita de su padre, pedían y rogaban:

—*¡No te vayas, papacito, no nos dejes, papacito!*

El sacerdote continuaba orando. Navarro, erguido, firme, recio, con el rostro apenas descompuesto por el dolor, volvió la cara hacia los que dejaba para siempre, y salió al patíbulo. Su hijo mayor, Gustavo Jr., le seguía.

—*¡Quédate!* —le ordenó el ingeniero, deteniéndose brevemente.

—*Yo voy, yo voy* —dijo el muchacho, sollozando, y resuelto, siguió a su padre.

Los reclusos de la prisión y los amigos del ingeniero, rodearon a éste. Ya repuesto, sin pestañear, y sin temblor alguno, Navarro repartió abrazos.

Luego volvió la cara hacia el patio, hacia otro grupo de presos que, conmovidos, veían la escena, y levantando el brazo, gritó:

—*¡Adiós, muchachos!*

AL PAREDÓN

Se colocó entre la fila de soldados. A su lado marchaba el padre Scott. Y siguiendo el paso de la tropa, salió de la prisión, dando una mirada a la multitud que se aglomeraba en la plazuela de Belén.

Varias personas trataron de despedirse de él. Extendió el brazo y entre los soldados, dio la mano a varios amigos.

Al subir al tranvía eléctrico que conducía a la Escuela de Tiro, hizo ascender el primero al padre Scott, y luego a su hijo. Se detuvo un instante volviendo la cara hacia el edificio de la vieja cárcel y dijo resignadamente, dirigiéndose a un oficial:

—*Vamos al camino de la muerte.*

Eran las diez y cuarenta y cinco minutos de la mañana del 19 de octubre, cuando el tranvía se puso en marcha. Los soldados viajaban en la plataforma y en el techo. Durante el trayecto, el ingeniero permaneció silencioso. Sólo de vez en cuando hablaba casi al oído de su hijo.

Ya para llegar a la Escuela de Tiro, encendió un cigarrillo, aspiró el humo una y varias veces, con cierta nerviosidad, y al darse cuenta que había llegado al final del viaje, fue el primero en ponerse en pie. Bajó del tranvía y esperó a que se organizara la escolta y poniéndose en medio de las filas camino recto, erguido, casi desafiante. Le seguía el padre Scott, envuelto en una larga capa, y quien no dejaba de musitar oraciones. Unos cuantos pasos atrás, caminaba su hijito, como sin darse cuenta de la tragedia que iba a presenciar.

Navarro vestía *jacket* color café oscuro. Llevaba corbata del mismo color, y bombín negro. No dejaba de fumar el mismo cigarrillo que había encendido a bordo del tranvía.

UNA PETICIÓN NEGADA

Al entrar a la Escuela de Tiro, dirigiéndose al jefe de la escolta, le preguntó por qué no se permitía la entrada a la gente que se aglomeraba a las puertas.

—*Es orden superior* –contestó el oficial.

—*Si a los condenados a muerte se les concede alguna gracia, que la que a mí se me conceda sea que entre toda esa gente a presenciar mi fusilamiento* –pidió.

—*No es posible, porque ya hay mucha adentro* –respondió el oficial.

Las rupturas en el constitucionalismo

—*Muy bien, así sea* —agregó Navarro, y continuó la marcha.

Con paso firme cruzó el primer patio. Al entrar al segundo, se detuvo. Descubrió el lugar donde días antes había sido fusilado el ingeniero García Granados, y con gran resolución, avanzó.

Llamó a su hijo. Le dio un estrecho abrazo, luego le recomendó que velara siempre por su madre. Después abrazó al padre Scott.

—*Pida a Dios por mí, padre* —le recomendó.

El sacerdote se retiró, y continuó rezando salves y padrenuestros.

LA EJECUCIÓN

Navarro se colocó en el paredón. Se quitó el bombín, y con voz fuerte, sin titubeo alguno, dirigiéndose a los soldados, dijo:

—*Muchachos, soy un hombre honrado; no he cometido delito alguno, y muero tranquilo.*

Se despojó de la levita. Dio un segundo abrazo a su hijo, pidiéndole que se retirara hasta detrás del pelotón, y volviendo a dirigirse a los soldados, dijo:

—*Este muchacho que ven aquí es mi hijo...*

Vio cómo su hijo se colocaba precisamente detrás del sargento que segundos después le había de dar el tiro de gracia, y dando muestras de un valor a toda prueba, advirtió al jefe del pelotón y a los soldados:

—*Ahora sí, muchachos, ¡estoy listo!...*

Se irguió, avanzó como medio metro para quedar más cerca de los fusiles, cuando fueran tendidos por los ejecutores, y recomendó, sonriente:

—*Apunten bien.*

Cuando escuchó la primera orden del oficial jefe del pelotón, levantó el brazo derecho, y pidió:

—*Esperen, muchachos, que se me hace que ustedes son chambones...*

Con pasmosa tranquilidad, recogió del suelo su levita, y sacando de un bolsillo un pañuelo blanco, se lo puso sobre el pecho, y golpeando sobre el pañuelo, agregó:

—*Aquí, todas las balas...*

Enseguida, alzando más la voz, gritó:

—*¡Apunten!...*

Los soldados, apuntaron, pareciendo obedecer su orden.

—*¡Fuego!* —agregó tonante.

A la descarga, el ingeniero Navarro cayó pesadamente sobre el pavimento, víctima de terribles convulsiones. Ya herido de muerte, abrió los ojos, y viendo cómo un sargento avanzaba para darle el tiro de gracia, al sentir la boca del fusil en su frente, le gritó:

—*Mátame bien, muchacho.*

El sargento apretó el gatillo. El proyectil entró por la región temporal izquierda, saliendo al nivel de la oreja derecha, arrancándole la vida.

El cadáver de Gustavo Navarro quedó boca arriba, con las piernas y brazos abiertos.

El hijo de Navarro, al escuchar la detonación del tiro de gracia, abriéndose paso entre los soldados, trató de arrojarle sobre el cadáver de su padre.

—*¡Era mi padre! ¡Era mi padre!* —gemía el muchacho, desesperado, loco, fuera de sí.

El oficial de la escolta trató de separar al muchacho, pero éste se asió del brazo yerto de su padre, gritando desgarradamente:

—*¡Era mi padre, era mi padre!...*

Varias personas lograron tomar en sus brazos al chico y llevarlo fuera de la Escuela de Tiro, mientras que las tropas desfilaban ante el cadáver.

EN LA CASA DE DON PABLO

Y mientras que el cuerpo del ingeniero Navarro, todavía caliente, era recogido por la ambulancia en la Escuela de Tiro, en la residencia del general Pablo González se registraba la siguiente escena, referida por el coronel Manuel Bauche Alcalde en el original inédito que obra en poder de este redactor:

La mañana que Gustavo Navarro fue ejecutado, estaba yo en la casa de don Pablo González, cerca de él, que, con nerviosidad, recorría la estancia en que estaba el teléfono.

—*¿Ya ve usted en las dificultades en que me ha metido por no haber condenado a Navarro?*

Tuve la certeza de responderle:

—*No, mi general: esas dificultades sólo provienen de no haber respetado el fallo del consejo, que era justo. Navarro es inocente. Todavía es tiempo, mi general, de que no se eche usted el borrón de esa muerte...*

Las rupturas en el constitucionalismo

Un llamado telefónico cortó a tiempo la conversación: era el licenciado Jesús Acuña, que intercedía a favor de Navarro. ¡Inútil! Un segundo llamado telefónico instantes después: era el licenciado Roque Estrada, que también pedía que la ejecución se suspendiera. ¡También inútil! Poco después hablaba de parte del general Pesqueira, sobre el mismo tema. Completamente inútil... De pronto un llamado: esa era la noticia que esperaba don Pablo: el general Alfredo Rodríguez le anunciaba que sus órdenes habían sido cumplidas: que Gustavo Navarro había muerto...

Por mi parte, a los pocos días de esos acontecimientos, era yo nombrado cónsul general en Italia –como un castigo a mis culpas políticas– y tuve el gusto de no aceptar ese castigo, pidiendo mejor que se me procesara si en algo había faltado a mis deberes, y dejando de pertenecer desde entonces, al círculo de servidores de don Pablo González.

PALABRAS FINALES DE DON PABLO

Y para cerrar este último capítulo del drama de dos hombres, considero necesario insertar las palabras finales del general don Pablo González, quien me dijo en mi reciente visita a San Antonio, Texas:

Las ejecuciones de Navarro y de García Granadas, por la prominencia de ambos personajes, despertaron acerbas críticas en el público. A pesar del tiempo transcurrido no han desaparecido las sospechas de que fui instrumento de una implacable justicia revolucionaria que se parecía a la parcialidad.

Mi conciencia está tranquila a este respecto.

Como humano, no puede menos de serme sensible la desaparición de dos semejantes, mucho menos cuando éstos habían ocupado en su patria distinguidas posiciones por su ilustración y su talento.

Como servidor de una causa, no podía permitir que fueran burlados los preceptos de la verdadera justicia que el constitucionalismo venía constitucionando, y que fue una de las bases fundamentales de su programa”.

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 2 de septiembre de 1934, año XXI, núm. 202, pp. 1-2.